

Leyendas

Gustavo Adolfo

Bécquer

El Monte de las Ánimas

La noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el sonido de las campanas. Su sonido aburrido y eterno me recordó esta leyenda que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo. ¡Imposible! Para pasar el rato, decidí escribirla.

Yo la oí en el mismo lugar en que ocurrió y la he escrito girando algunas veces la cabeza con miedo, cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche. Pase lo que pase, allá va, como el caballo de copas.

CAPÍTULO I

—Atad los perros, tocad las trompetas para que se reúnan los cazadores y volvamos a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—Si fuera otro día, acabaría con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tocar su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinososa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima. Tú ignoras lo que sucede en este país, porque hace menos de un año que has venido desde muy lejos. Frena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dura el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos. Los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que dirigían la comitiva a bastante distancia.

Mientras caminaban, Alonso narró de esta manera la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Ánimas pertenecía a los templarios, cuyo convento ves allí, a orillas del río. Los templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Cuando se conquistó Soria a los árabes, el rey los trajo de tierras lejanas para defender la ciudad por la parte del puente, ofendiendo con ello a sus nobles de Castilla, que habrían sabido defenderla solos, igual que la conquistaron. Entre los caballeros de la nueva y poderosa orden y los hidalgos de la ciudad fue creciendo durante años un odio profundo que acabó por estallar. Los primeros reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres. Los segundos decidieron organizar una gran cacería en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban a sus enemigos. El desafío llegó a oídos de todos, y nada consiguió detener a unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño por evitarlo. El proyectado enfrentamiento se llevó a cabo. Aquello no fue una cacería. Fue una batalla espantosa: el monte quedó lleno de cadáveres. Los lobos, a quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Al final, el rey impuso su autoridad: el monte, que había ocasionado tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte se convirtió en ruinas. Desde entonces, dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en sábanas, corren como en una cacería fantástica por entre la maleza y las zarzas. Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al día siguiente se han visto sobre la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes de que caiga la noche.

El relato de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva a la que se incorporaron para después marchar a las estrechas y oscuras calles de Soria.



CAPÍTULO II

Los sirvientes acababan de quitar la mesa; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor, iluminando a grupos de damas y caballeros que conversaban familiarmente alrededor de la luz, y el viento azotaba los vidrios del salón.

Solo dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz, sumida en sus pensamientos, seguía con los ojos los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz. Ambos guardaban silencio desde hacía rato.

Las dueñas contaban, acerca de la noche de difuntos, cuentos de terror cuyos protagonistas eran espectros y fantasmas; mientras, las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido aburrido y triste.

—Hermosa prima —exclamó al fin Alonso, rompiendo el largo silencio en que se encontraban—, pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre; sé que no te gustan las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales; te he oído suspirar varias veces, quizás por algún enamorado de tu lejana tierra.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia: todo un carácter de mujer se reveló en aquella despreciativa contracción de sus delgados labios.

—De un modo u otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que te llevases un recuerdo mío... ¿Te acuerdas de cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haber recuperado la salud en esta tierra? La joya que sujetaba la pluma de mi gorra llamó tu atención. ¡Qué hermosa estaría sujetando un velo sobre tu hermosa cabellera! Ya ha sujetado el de una novia; mi padre se la regaló a mi madre, y ella la llevó al altar... ¿La quieres?

—No sé— contestó la hermosa—, pero en mi país un regalo recibido supone un compromiso. Solo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un pariente...



El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras desconcertó un momento al joven que, después de tranquilizarse, dijo con tristeza:

—Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y volvió a oírse la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de espíritus y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ventanas, y el triste y aburrido doblar de las campanas. A los pocos minutos, se reanudó el diálogo de este modo:

—Y antes de que termine el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, puedes dejarme un recuerdo, ¿lo harás?— dijo él clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago.

—¿Por qué no?— exclamó ésta llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre las pliegues de su manga de terciopelo bordado de oro...

Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que su color me dijiste que era la insignia de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido!, ¿y dónde?— preguntó Alonso incorporándose de su asiento y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé... en el monte acaso.

—¡En el Monte de las Ánimas!— murmuró dejándose caer sobre el asiento.

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. La alfombra que pisan tus pies son de fieras que he matado con mi mano. Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; y he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir del peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta; y, sin embargo, esta noche... esta noche. ¿Para qué ocultártelo?, tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos entre las malezas que cubren sus tumbas... ¡las ánimas!

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo finalizado exclamó con un tono indiferente y mientras el fuego del hogar resplandecía, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante tontería! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos, y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose a la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego:

—Adiós Beatriz, adiós... Hasta pronto.

—¡Alonso! ¡Alonso!— dijo ésta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso pararle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una gran expresión de orgullo, prestó atención a aquel rumor que se contaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.



CAPÍTULO III

Había pasado una hora, dos, tres; la media noche estaba a punto de sonar, y Beatriz se retiró a su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrá tenido miedo!— exclamó la joven cerrando su libro de oraciones y acercándolo a su lecho, después de haber intentado murmurar algunos de los rezos que la iglesia ofrece en el día de difuntos a los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso. Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas; tristísimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento— dijo; y poniéndose la mano sobre el corazón, procuró tranquilizarse. Pero su corazón latía cada vez con más fuerza. Las puertas del oratorio habían crujido de forma aguda.

Primero unas y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden, éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo. Después silencio, un silencio lleno de ruidos extraños, el silencio de la media noche, con lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles; ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve y cuya aproximación se nota no obstante en la oscuridad.

Beatriz, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, volvía a escuchar: nada, silencio.

—¡Bah!— exclamó, volviendo a poner su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho—; ¿soy yo tan miedosa como esas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura?



Y cerrando los ojos intentó dormir... Pronto volvió a incorporarse más pálida. Ya no era una ilusión: unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y además se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaban, se acercaban. Beatriz lanzó un grito agudo, y envolviéndose en la ropa que la cubría, escondió la cabeza y aguantó el aliento. Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin se hizo de día: vuelta de su temor, entreabrió los ojos a los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda, y ya se disponía a reírse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre su silla se encontraba sangrienta y desgarrada la banda azul que perdió en el monte, la banda azul que fue a buscar Alonso.

Cuando sus criados llegaron horrorizados a contarle sobre la muerte del primogénito de Alcuévil, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, con las manos a una de las columnas de la cama, desencajados los ojos, entreabierta la boca; blancos los labios, muerta; ¡muerta de horror!

CAPÍTULO IV

Dicen que después de este suceso, un cazador despistado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, relató cosas horribles. Entre otras, cuenta que vio a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla levantarse al punto de la oración con un ruido horrible, y caballeros sobre caballos, perseguir como a una fiera, a una mujer hermosa, pálida y despeinada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.



Maese Pérez el organista

En Sevilla, mientras esperaba que comenzase la misa del Gallo, oí esta leyenda a una señora del convento.

Como era normal, después de oírla esperé impaciente que comenzara la ceremonia. Nada menos increíble que la melodía del órgano de Santa Inés que tocaba su organista aquella noche.

Al salir de la misa dije a la señora de forma burlesca:

—¿A qué se debe que el órgano de maese Pérez suene ahora tan mal?

—¡Es que ése no es el suyo! —me contestó la vieja.

—¿No es el suyo? ¿Qué le ocurrió al suyo?

—Se rompió a pedazos hace años.

—¿Y el organista?

—No ha vuelto a aparecer por aquí desde que colocaron al que ahora lo sustituye.

CAPÍTULO I

—¿Veis ese señor de la capa roja y la pluma blanca en el sombrero? Pues ése es el marqués de Moscoso, enamorado de la duquesa de Villapineda, que se encuentra viuda. Se dice que antes de gustarle esta dama había pedido en matrimonio a la hija de un rico y tacaño señor... ¡Calla! Ahí se acerca, ¿veis aquel que viene con una capa oscura y acompañado de su criado con una linterna? Mirad cómo la gente del pueblo le abre paso y lo saluda. Toda Sevilla lo conoce por su gran fortuna. Mirad, mirad ese grupo de señores enfermos, y ese caballero que solo va a la iglesia a escuchar la música... ¡También están las gentes del duque de Alcalá! Vamos, vamos, ya comienzan los golpes... Pero, ¡calle! ¿Qué es eso? ¿Qué resplandor es aquel?

—Vedlo qué hermoso está con sus hábitos morados... Dios le conserve en su silla tantos siglos como deseo de vida para mí. Pero, vamos, vecina, vamos a la iglesia, que algunas noches como ésta suele llenarse y no cabe ni un grano de trigo... Buen negocio tienen las monjas con su organista... ¿Cuándo se ha visto el convento tan beneficiado como ahora? También puede decirse que le han hecho a maese Pérez propuestas magníficas: hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montes de oro por llevarlo a la catedral... Pero él, nada... Primero dejaría la vida que abandonar su órgano favorito... ¿No conocéis a maese Pérez? Seréis nuevas en el barrio... Pues es un santo y pobre varón... Sin más pariente que su hija, ni más amigos que su órgano... ¡Cuidado que el órgano es viejo!... Pues nada; él se da tal destreza en arreglarlo y cuidarlo, que suena de maravilla... Porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre es ciego de nacimiento... Y, ¡con qué paciencia lleva su desgracia!... Cuando le preguntan que cuánto daría por ver, responde: Mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanzas. Ya tengo setenta y seis años y por muy larga que sea mi vida, pronto veré a Dios— añade, sonriendo como un ángel—. ¡Pobrecito! Y si lo verá..., porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo... Su padre tenía la misma profesión que él. Yo no lo conocí, pero mi señora madre dice que lo llevaba siempre al órgano consigo para darle a los fuelles. Luego a la muerte de su padre él heredó el cargo... Siempre toca bien, pero en semejante noche como ésta es una maravilla... El tiene una gran devoción por esta ceremonia de la misa del Gallo, y a las doce en punto las voces de su órgano son voces de ángeles... En fin, ¿para qué tengo que contarle lo que está noche verá? Y no se crea que sólo la gente que sabe reconoce su mérito. Todas esas bandadas que veis llegar con velas encendidas, cantando villancicos a gritos y al compás de sus instrumentos, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano, de todos los ojos caen enormes lagrimones y al finalizar se oye un suspiro inmenso, que no es más que la respiración del público contenida mientras dura la música... Pero vamos, vamos; ya han dejado de tocar las campanas, y va a comenzar la misa.

CAPÍTULO II

La iglesia estaba iluminada, los pajes, envueltos en sus capas de color de oro, cogieron el libro de oraciones de manos de sus dueñas y formaron un brillante círculo alrededor de la verja del altar.

Junto a aquella verja se encontraban también los caballeros veinticuatro, que parecían formar un muro para defender a sus hijas y a sus esposas del contacto de la gente. Esta, acompañada del sonido de las sonajas y los panderos, al mirar aparecer al arzobispo echó por tres veces la bendición al pueblo.

Era hora de que comenzase la misa. Transcurrieron algunos minutos sin que el organista apareciese y la muchedumbre comenzaba a inquietarse por su impaciencia.

—Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo y será imposible que asista a la misa de medianoche— comentó un familiar.

La noticia se propagó rápidamente y comenzó a notarse tal bullicio en el templo, que los alguaciles entraron a rogar silencio. En aquel momento, un hombre con mal aspecto y bizco se adelantó hasta el sitio que ocupaba el arzobispo.

—Maese Pérez está enfermo—dijo—. La ceremonia no puede empezar. Si queréis, yo tocaré el órgano en su ausencia, que si maese Pérez es el primer organista del mundo, ni a su muerte dejará de usarse este instrumento por su falta.

El arzobispo hizo una señal de afirmación con la cabeza, y algunos comenzaban a quejarse ya que conocían a aquel personaje por un organista envidioso. De repente se oyó en el atrio un ruido espantoso.

—¡Maese Pérez está aquí!...

Maese Pérez, pálido y desencajado, entraba en la iglesia en un sillón que todos discutían por llevar en sus hombros.

—No— había dicho—. Esta será la última vez que toque el órgano, lo sé, y no quiero morir sin visitarlo esta noche. Vamos, lo quiero, lo mando. Vamos a la iglesia.



Sus deseos se habían cumplido. Los asistentes lo subieron a la tribuna y comenzó la misa. En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral. Por fin llegó el momento en que el sacerdote toma con sus dedos la Sagrada Forma y comienza a elevarla. Una nube de incienso llenó la iglesia. Las campanas repicaron con un sonido vibrante y maese Pérez puso sus manos sobre las teclas del órgano y el órgano comenzó a sonar hasta que el sonido se perdió poco a poco.

El sacerdote inclinó la frente y, por encima de su cabeza cana, apareció la Hostia. En aquel momento, la nota que maese Pérez sostenía se abrió y una armonía conmovió la iglesia.

En todos los ojos había una lágrima. El órgano siguió sonando, pero sus voces se apagaban gradualmente como una voz que se pierde de eco en eco, se aleja y se debilita al alejarse, cuando de pronto sonó un grito en la tribuna, un grito desgarrador, agudo, un grito de mujer.

El órgano emitió un sonido extraño, semejante a un lamento y quedó mudo. La gente se reunió rápidamente a la escalera con preocupación.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa?— se decían unos a otros, y nadie sabía responder.

—¿Qué ha sido eso?— preguntaron las damas al asistente, que pálido, se dirigía al puesto donde lo esperaba el arzobispo.

—¿Qué sucede?

—Que maese Pérez acaba de morir.

En efecto, los primeros fieles vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su viejo instrumento mientras su hija, arrodillada a sus pies, lloraba entre suspiros y lamentos.



CAPÍTULO III

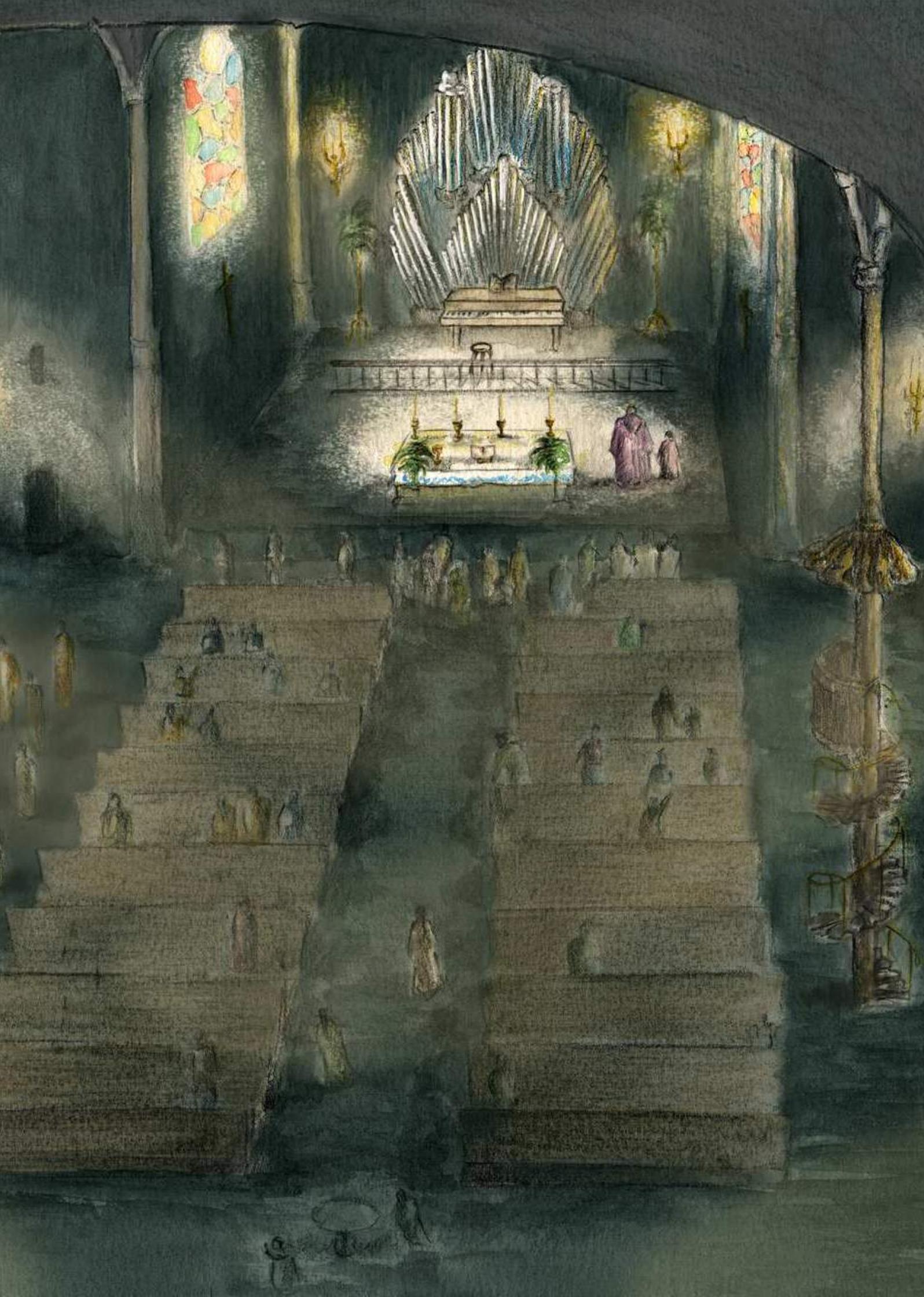
—Buenas noches, mi señora Baltasara. ¿También viene usted esta noche a la misa del Gallo? Por mi parte, pensaba ir a oírla a la parroquia pero desde que murió maese Pérez... ¡Pobrecillo! ¡Era un santo!... Aún conservo un pedazo de su chaleco como recuerdo... Parece cosa hecha que el organista de San Román, aquel bizco que siempre está echando pestes de los otros organistas, va a tocar esta Nochebuena en lugar de maese Pérez. Ya sabrá usted que nadie quería comprometerse a hacerlo, ni su hija. Y era natural: acostumbrados a oír aquellas maravillas, cualquiera otra cosa había de parecernos mala. Cuando la iglesia había decidido, como muestra de respeto, que el órgano permaneciera callado esta noche, este hombre se presenta para tocarlo... Cierto que la culpa no es suya, sino de los que lo consienten. Cualquiera diría que nada ha cambiado de un año a otro. Los mismos personajes, el mismo lujo, la misma animación en el atrio, la multitud en el templo... ¡Ay, si levantara la cabeza el muerto! Se volvía a morir por no oír su órgano tocado por manos semejantes. Lo que él no sabe es que las gentes del barrio le preparan una buena broma al intruso: cuando llegue el momento de poner la mano sobre las teclas, comenzarán a sonar panderos y zambombas... Pero, calle, ya entra en la iglesia el héroe de la función. Vamos, vamos, que hace ya rato que llegó el arzobispo y va a comenzar la misa... Vamos, que me parece que esta noche va a darnos que contar para muchos días.

Ya comenzaba la ceremonia. El templo estaba tan brillante como el año anterior. El nuevo organista había subido a la tribuna, donde tocaba una pésima melodía. Entre la gente se oía un rumor confuso:

—Es un listo que no hace nada bien— decían los unos.

—Es un torpe, que después de haber puesto estropeado el órgano de su parroquia, viene a probar el de maese Pérez —decían los otros.

Y mientras éste se preparaba con el pandero y aquel percibía sus sonajas, todos se disponían a hacer ruido.



Al fin llegó el esperado momento en el que, después de inclinarse y murmurar algunas palabras santas, tomó la Hostia en sus manos... Las campanillas repicaron y el órgano sonó.

Todos los instrumentos sonaron, aunque sólo duraron algunos segundos. El segundo acorde se sostenía aún, llenando la iglesia de una armonía inagotable y sonora.

Cantos celestes, notas sueltas de una melodía lejana que suena a intervalos... todo lo expresaban las cien voces del órgano con más fuerza que jamás antes lo habían expresado...

Cuando el organista bajó de la tribuna, la muchedumbre que se acumuló a la escalera fue tanta que el asistente tuvo que mandar a algunos de sus alguaciles para que le fueran abriendo camino hasta llegar al altar mayor, donde el prelado lo esperaba.

—Ya veis —le dijo este último cuando lo trajeron a su presencia—. Vengo desde mi palacio sólo por escucharos. ¿Seréis tan cruel como maese Pérez, que nunca me dejó tocar la Nochebuena en la misa de la catedral?

—El año que viene prometo daros gusto— respondió el organista.

—¿Y por qué?— interrumpió el arzobispo.

—Porque es viejo y malo, y no puede expresar todo lo que se quiere— añadió el organista.

Todos se marcharon, pero cuando la demandadera se disponía a cerrar las puertas de la entrada del atrio, se divisaban aún dos mujeres que después de santiguarse rezar una oración siguieron su camino.

—¿Qué quiere mi señora doña Baltasara?— decía la una—. Ese hombre no puede haber tocado lo que acabamos de escuchar... Si yo lo he oído mil veces en otras parroquias, y el señor cura ha tenido que echarlo por malo. Recuerdo a maese Pérez cuando, en semejante noche como ésta, bajaba de la tribuna después de tocar el órgano. ¡Qué maravilla!

CAPÍTULO IV

Había transcurrido un año más. La abadesa del convento de Santa Inés y la hija de Maese Pérez hablaban en voz baja.

—Ya lo veis— decía la monja superiora— no hay nadie en el templo. Toca el órgano, tócalo sin miedo... ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis?

—Tengo... miedo— exclamó la joven con un acento profundamente conmovido.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De algo sobrenatural... Anoche pensé arreglar unos registros del órgano para la misa; vine sola, abrí la puerta de la tribuna, las campanas estuvieron sonando todo el tiempo...

La iglesia estaba desierta y oscura, y en el fondo, brillaba la luz de la lámpara que arde en el altar mayor... Allí vi a un hombre que tocaba el órgano. Sentía en mi cuerpo como un frío glacial, y en mis sienes fuego... Entonces quise gritar, pero no pude. Aquel hombre había vuelto la cara y me había mirado, digo mal, no me había mirado, porque era ciego... ¡Era mi padre!

—¡Bah! Hermana, no cuentes fantasías y reza conmigo. Ve a ocupar la tribuna del órgano; la misa va a comenzar, y ya esperan con impaciencia los fieles... Vuestro padre está en el cielo, y desde allí bajará a inspirar a su hija en esta ceremonia solemne.

La hija de maese Pérez abrió con mano temblorosa la puerta de la tribuna para sentarse en el banquillo del órgano, y comenzó la misa.

Comenzó la misa y siguió sin que ocurriera nada notable hasta que, de repente, sonó el órgano, y al mismo tiempo que el órgano, un grito de la hija de maese Pérez. La superiora, las monjas y algunos de los fieles corrieron a la tribuna.

—¡Miradlo! ¡Miradlo!— decía la joven.

El órgano estaba solo y seguía sonando como los ángeles.



—¿No os lo dije una y mil veces, mi señora doña Baltasara? Oídlo. ¿no estuvisteis anoche en la misa del Gallo? Pero sabréis lo que pasó; en toda Sevilla no se habla de otra cosa... El señor arzobispo está hecho una furia... Haber dejado de asistir a Santa Inés... ¿y para qué?... Para oír un escándalo, porque personas que lo oyeron dicen que lo que hizo el dichoso organista de San Bartolomé en la catedral no fue otra cosa... Si lo decía yo. Eso no puede haberlo tocado nada más que el alma de maese Pérez.

1 Asocia cada diálogo al personaje correspondiente:

—Atad los perros, la noche se acerca y es día de Todos los Santos.

—¡Tan pronto!

—Hoy es imposible, las ánimas de los difuntos comenzarán a tocar la campana en la capilla del monte.

—¿En esa capilla en ruinas! ¿Pretendes asustarme?

—No, hermosa prima, hace poco que has venido desde tu país y no lo comprendes.

2 Indica si las siguientes afirmaciones son verdaderas (V) o falsas (F) y, después, corrige las falsas:

- Los condes de Borges eran los padres de Alonso.
- Alonso y Beatriz eran primos.
- Alonso regaló a Beatriz un collar heredado de su madre.
- La banda azul que fue a recoger Alonso no apareció más.

3 ¿Por qué Alonso decide salir del Monte de las Ánimas antes de que anochezca?

4 Mientras sonaban las campanas de las iglesias de Soria, Alonso y Beatriz se encontraban en palacio de los condes de Alcudiel. Allí, también se encontraban unas ancianas junto a la chimenea. ¿Qué estaban haciendo?

5 Responde a las siguientes cuestiones:

- a) ¿Qué pretende regalar Alonso a Beatriz?
- b) ¿Por qué decide entregarle eso?
- c) ¿Por qué no quiere aceptar el regalo?
- d) ¿Por qué termina aceptándolo?
- e) ¿Qué quiere regalarle Beatriz a Alonso?
- f) ¿Por qué no se lo entrega?

6 El ambiente de terror se consigue con la sucesión de ruidos que percibe Beatriz entre sueños. Numera del 1 al 5 el orden en que Bécquer recoge estos elementos:

- Puertas que crujen y se cierran.
- Silencio con rumores extraños.
- Vibraciones de las campanas.
- Viento que gime en los cristales.
- Voz que parece pronunciar el nombre de Beatriz.

7 Después de leer la leyenda y tras meditar sobre el comportamiento de Beatriz, descríbela nombrando sus rasgos físicos, vestimenta y carácter.

8 Al terminar la terrible noche, Beatriz se levanta y descubre la banda azul sobre su silla. ¿Cómo fue a parar allí? ¿Cómo estaba?

9 Busca en la sopa de letras 10 palabras relacionadas con esta leyenda:

C	A	M	P	A	N	A	S	T	L	I	F	O	G	E
R	E	A	P	A	D	A	D	O	R	O	E	C	R	P
I	M	E	E	P	O	R	U	T	U	M	B	A	U	E
R	I	D	I	A	F	L	A	O	N	U	A	O	A	O
O	L	U	O	S	L	N	S	D	U	R	E	U	B	H
D	I	C	A	O	C	O	N	L	E	A	D	P	A	I
S	G	U	E	R	A	C	N	A	E	B	O	E	N	U
E	L	D	X	U	U	H	U	S	P	I	J	E	D	L
C	E	O	E	I	P	E	D	A	O	D	E	A	A	E
A	S	P	O	D	A	O	I	E	I	E	R	O	U	O
P	I	A	G	O	L	L	A	B	A	C	A	S	E	T
D	A	O	E	S	C	F	E	E	J	A	O	E	Ñ	O
S	I	Z	O	A	I	B	E	A	T	R	I	Z	U	G
E	R	O	D	P	U	E	F	I	P	U	R	O	L	U
L	I	E	C	O	R	T	I	N	A	S	U	I	R	Q

1 Di si las siguientes afirmaciones son verdaderas o falsas:

- Maese Pérez se quedó ciego con el paso de los años.
- El padre de maese Pérez trabajaba como director de coro en el convento de Santa Inés.
- Siempre que maese Pérez toca el órgano la gente comienza a llorar.
- El marqués de Moscoso se encuentra viudo.

2 Maese Pérez sabía que pronto moriría, así que se dirigió al convento a tocar por última vez su órgano. Mientras tocaba se escuchó un grito de una mujer. ¿De quién era ese grito? ¿Por qué?

3 Pasado un año desde la muerte de maese Pérez, ¿cómo estaba la iglesia?

4 Cuando terminó de tocar el pésimo organista, la gente se quedaron con la boca abierta. Di qué quiere decir esta expresión y relaciónala con el contexto dentro del capítulo III.

5 ¿Qué oficio desempeñaba la hija de maese Pérez tras la muerte de éste?

6 Describe lo que le contó la hija de maese Pérez a la abadesa del convento de Santa Inés.

7 ¿Quién resultaba tocar el órgano finalmente?

